

El arte como puente tendido hacia la experiencia religiosa. Un comentario a la Carta a los artistas de Juan Pablo II

Art as a bridge to religious experience. A comment on John Paul II's Letter to Artists

Cristina L. Arranz

Universidad Nacional de Cuyo
carranz@ffyl.uncu.edu.ar

Resumen

La crisis religiosa que, en el siglo XX, presenta Europa y todo Occidente, con frecuencia, también se manifiesta en las obras de arte de la época. En ese contexto, poco antes de iniciarse el tercer milenio, Juan Pablo II escribió su *Carta a los Artistas*. En ella, el Papa afirma que el arte es capaz de conducir a la experiencia religiosa, aunque el artista se encuentre alejado de la Iglesia. Dichas palabras, tienen el interés de provenir de un hombre que, más allá de su autoridad moral, posee amplios conocimientos de filosofía y experiencia personal en el ámbito del obrar artístico. Por lo tanto, atendiendo a la mencionada afirmación del Papa y contando con la aportación de algunos filósofos y teóricos de las artes, próximos al pensamiento de Juan Pablo II, este trabajo se propone discernir en qué consiste la referida virtualidad del arte.

Palabras claves: arte – belleza – religión

Abstract

The 20th century religious crisis in Europe and throughout the West has often also been embodied in the artworks of the period. In that context, shortly before the commencement of the third millennium, John Paul II wrote his *Letter to Artists*. There the Pope states that art is capable of leading to religious experience, even though the artist is distant from the Church. Such words have the weight of coming from a man who, beyond his moral authority, has a substantial knowledge of philosophy and personal experience in the scope of art. Therefore, considering the abovementioned statement of the Pope and the contributions of some art philosophers and theorists close to John Paul II thinking, this paper aims to analyze what constitutes the aforementioned art potential.

Key words: art – beauty – religion

Desde su adolescencia en Wadowice y especialmente en los días de su participación como actor y poeta dramático en el Teatro Rapsódico de Cracovia, Karol Wojtyła dio muestras de su capacidad para la creación poética y su sintonía con el mundo del arte. En una Polonia ocupada por los nazis, mientras algunos de sus compañeros de la Universidad optaron por resistir al enemigo con las armas, Karol decidió afrontar la resistencia a través de la cultura, desde la clandestinidad. Sus amigos estaban convencidos de que seguiría la carrera de actor dramático, hasta que, a los veintiún años, al morir repentinamente su padre, descubrió su vocación al sacerdocio¹. Sin embargo ello no significó dejar atrás el don recibido, que supo valorar en toda su dimensión expresiva y reveladora, como un modo inmediato y eficaz de dar a conocer las verdades más profundas de la vida humana.

Su ministerio como Romano Pontífice estuvo impregnado de gestos simbólicos de gran belleza. Así, quienes, directamente o mediante filmaciones, presenciamos sus encuentros con gente perteneciente a distintos países o ambientes sociales, o asistimos a los momentos esperados y largamente preparados de la apertura de la Puerta Santa en el Jubileo del año 2000, guardamos imágenes altamente significativas en la memoria; y es probable que continuemos emocionándonos cada vez que en la J. M. J. aparece la cruz de madera, sin crucificado, que en 1985, Juan Pablo II regaló a los jóvenes de todo el mundo.

La producción ensayística, literaria y poética de Karol Wojtyła, es calificada por Slawomir Oder -el Postulador de su Causa de Beatificación- de desmesurada, añadiendo que "la denominada magistral, esto es, la relativa al período del papado [...] equivale a casi veinte veces la Biblia"². También esta última se encuentra marcada por los toques vibrantes de la sensibilidad de un hombre que, un año antes de morir, cuando parte de la prensa daba por agotada su admirable capacidad intelectual, sorprendió nuevamente al mundo con la publicación de un libro de poemas, que tituló *Tríptico Romano – Meditaciones*. Por ello es posible afirmar que, la *Carta a los artistas* de Juan Pablo II, fechada en el Vaticano el 4 de abril de 1999, además de ser la carta de un pontífice santo y de un filósofo capaz de reunir en una única expresión el pensamiento de la tradición clásica con el de la modernidad³, contiene las reflexiones de un artista: alguien que

¹ Weigel, G. (1999). *Biografía de Juan Pablo II. Testigo de esperanza*. Barcelona: Plaza y Janés, 97-104.

² Oder, S. (2010). *Por qué es santo. El verdadero Juan Pablo II por el Postulador de la Causa de su Beatificación*. Barcelona: Ediciones B., 143-144.

³ Palau, G. (2007). *La autorrealización según el personalismo de K. Wojtyła*. Buenos Aires: Educa, 51-55.

ha experimentado personalmente la búsqueda apasionada y el gozo del hallazgo que implica la creación poética.

1. La vocación del artista y su relación con la belleza

En su carta, Juan Pablo II pone en relación la vocación artística con la belleza, al señalar que toda expresión poética tiene origen en "el asombro del ancestral poder de los sonidos y de las palabras, de los colores y de las formas" ⁴. Se trata de una alusión al encuentro del alma con la belleza, que Platón considera de modo pormenorizado en el *Fedro*, mediante la alegoría del carro alado⁵. Con ello, el Papa remite a la teoría de la contemplación, de origen platónico, presente desde la Antigüedad en la tradición filosófica occidental. Esta afirma que, ante lo bello, que hace presente lo divino en el ámbito de lo sensible, el alma, que se alegra por su presencia, percibe un temor reverencial que le lleva a detenerse, para no limitar la belleza desde sus propias expectativas, signadas por las exigencias de la utilidad o el placer⁶. El alma asombrada por la belleza, se detiene a contemplar aquello que despierta su amor, dejándolo ser en toda su plenitud.

En el obrar artístico, la aparición de lo bello tiene lugar en una búsqueda apasionada. Como señala Pareyson -un autor del siglo XX que acoge la tradición platónica desde una antropología más próxima a Aristóteles y por lo tanto afín al pensamiento de Juan Pablo II⁷- no se debe confundir la contemplación con un estado de pasividad:

Es ciertamente un estado de quietud y de calma en el que se fija la atención para poder captar el objeto libre de la agitación y del desasosiego de la búsqueda; es también un estado de suma receptividad, en el que se deja estar al objeto en su total independencia, precisamente para captarlo sin falsear ninguno

⁴ Juan Pablo II (1999). *Carta a los artistas*. http://w2.vatican.va/content/john-paul-ii/es/letters/1999/documents/hf_jp-ii_let_23041999_artists.html

⁵ Platón (1986). *Fedro*. En *Diálogos*. Vol. III, 245c3-256e2. Madrid: Gredos.

⁶ Labrada, M. A. (1998). *Estética*. Pamplona: Eunsa.

⁷ En este punto quisiera introducir como anécdota, algo que escuché de labios del propio Giovanni Reale, en una conferencia dictada en una universidad europea. Uno de los asistentes preguntó a Reale si a Juan Pablo II, al que había tratado personalmente, podía calificarlo como un pensador platónico, como el mismo conferenciante se reconocía, o un pensador aristotélico. Reale contestó que el Papa era un pensador profundamente aristotélico, que, incluso, le había confiado que, a veces, para descansar, tenía la costumbre de leer la *Metafísica* de Aristóteles.

de sus detalles. Pero esa quietud no tiene nada de pasividad e inercia, sino que más bien representa el culmen de una actividad intensa y laboriosa [...] ⁸.

Aún así, la belleza siempre se hace presente como algo que supera toda expectativa. La novedad de lo bello irrumpe en la vida del hombre, que encuentra en el arte un modo de conseguir que, aquello que reconoce como valioso, permanezca en el mundo.

Juan Pablo II considera la capacidad de expresarse en el terreno artístico como un don, que convierte al artista en alguien "llamado a compartir la potencia creadora de Dios"⁹. Al artífice humano, como imagen de Dios creador, no le corresponde la creación de la **nada**, afirma el Papa, sino un modo de creación que parte de una materia preexistente.

La materia preexistente con la que trabaja el artífice, además del medio sensible con el que realiza la obra, comprende la memoria contenida en la tradición. El artista aprende de lo realizado por otros artistas; atendiendo a lo que otros han hecho, comienza la tarea de dar vida a su obra, que es una nueva presencia en el mundo. De modo que, su trabajo artístico, establece un diálogo con las obras y -a partir de ellas- con los hombres de todos los tiempos. Como explica Pareyson, "[...] la obra acabada, por el mismo acto en el que la originalidad concluye el proceso inventivo, con la ejemplaridad suscita la continuidad y la perpetuidad"¹⁰. Los grandes aciertos que suponen las grandes obras de arte, pasan a engrosar la tradición y esta proporciona al artista un esquema inicial, que es punto de partida para su búsqueda personal.

Cuando el artista reconoce su capacidad creadora como un don, toma consciencia de su gratuidad y adquiere "[...] ojos capaces de contemplar y de agradecer"¹¹. Puede descubrir el don divino en lo que lo rodea y darlo a conocer. Su mirada, atenta al origen de las cosas, puede superar las apariencias, penetrando en el sentido de lo real. Su obra evoca una realidad de algún modo presentida por el espectador. Como señala María Zambrano, ante ella "[...] la nostalgia de lo que no se ha tenido hace sentir, cuando al fin se goza su presencia, que se ha vuelto a tenerlo"¹². Aquello que, con su belleza, nos sorprende desde su

⁸ Pareyson, L. (1987). *Conversaciones de estética*. Madrid: Visor, 23

⁹ Juan Pablo II, op. cit., 2.

¹⁰ Pareyson, L. op. cit., 37.

¹¹ Juan Pablo II. op. cit., 2.

¹² Zambrano, M. (2007). *Algunos lugares de la poesía*. Madrid: Trotta, 66

completa alteridad, tiene la virtud de darnos a conocer lo que, de algún modo, pertenece a la propia intimidad.

Señala el Papa que "[...] por medio de las obras realizadas, el artista habla y se comunica con los otros"¹³. La obra de arte establece una relación dialógica con el espectador, que no se agota en un significado determinado, separable de su forma. Como explica Gombrich:

El orden articulado que pertenece a las regiones superiores del arte recibe la mente dentro de su sistema donde nunca tiene por qué cesar de dar vueltas y explorar. Las relaciones son tantas, y entre tantos niveles de significado, que la obra de arte aparece cerrada sobre sí misma. El orden crea orden. Para cada correspondencia planeada se hará perceptible toda una serie de nuevas relaciones.¹⁴

Al poner en movimiento la imaginación del espectador, la obra de arte da lugar a un diálogo libre, orientado por las pistas inteligibles dejadas por el artista. A ello hace alusión Van Gogh, cuando, refiriéndose a su pintura, explica: "veo que la naturaleza me ha contado algo, me ha hablado, y que yo lo he anotado en estenografía"¹⁵. En efecto, la experiencia del arte nos permite aprender algo acerca de nosotros mismos y del mundo en el que vivimos, en un aprendizaje que acontece de un modo libre y personal.

2. Las disposiciones morales del artista

En su carta, el pontífice sostiene que existe una íntima conexión entre el arte y las disposiciones morales del artífice: "Las obras de arte hablan de sus autores, introducen en el conocimiento de su intimidad y revelan la original contribución que ofrecen a la historia de la cultura"¹⁶. Palabras que es posible explicar desde la interpretación que hace Aristóteles de la obra de arte como mimesis de la acción humana. El filósofo afirma que, movido por un natural deseo de conocer¹⁷, el artista hace presente, en la materialidad de la obra, su propia convicción acerca de la felicidad, que es el fin último del hombre y aquello de lo

¹³ Juan Pablo II. op. cit., 3.

¹⁴ Gombrich (2000). *Norma y forma. Estudios sobre el arte del Renacimiento*, 1. Madrid: Debate, 78.

¹⁵ Van Gogh, V. (2005). *Cartas a Theo*, Buenos Aires: Agebe, 76.

¹⁶ Juan Pablo II. op. cit., 3.

¹⁷ Aristóteles (1974). *Poética*. Madrid: Gredos, 4,1448b5-9.

que depende el sentido de la acción representada¹⁸. Si el artista es sincero, su expresión permitirá apreciar la condición finita de la criatura humana y su incapacidad para dar respuesta desde sí a las cuestiones más cruciales de la vida del hombre.

En la obra de arte, como en la vida humana, el sentido de la acción se pone de relieve ante la aparición del fracaso, el sufrimiento o la muerte. Como afirma María Antonia Labrada:

El fracaso ante el intento de explicar lo que a uno mismo le ocurre –el sufrimiento es siempre personal e intransferible–, puede llevar a descubrir que existe un sentido más allá del que uno mismo es capaz de alcanzar. Se alumbraba entonces una noción de sentido que va más allá del que se revela en la acción humana entendida exclusivamente en términos de proyecto. El hombre que fracasa en su intento de explicar lo inexplicable está en condiciones de darse cuenta de que él mismo no es el único dador de sentido, más aún, de que el verdadero sentido se encuentra más allá de él mismo, e incluso a costa de él mismo.¹⁹

Que la obra del artista sea capaz de alumbrar el sentido de la vida humana, es una razón más que suficiente para que Juan Pablo II afirme en su carta que la sociedad tiene necesidad de artistas. El Papa explica que estos, cuando obedecen a su inspiración, además de acrecentar el patrimonio cultural de una nación, desde el lugar que les es propio, contribuyen a lograr el bien común de la sociedad. La condición para que su labor sea un verdadero servicio, es que sean fieles a su inspiración, evitando " [...] dejarse llevar por la búsqueda de la gloria banal o la avidez de una fácil popularidad, y menos aún por la ambición de posibles ganancias personales"²⁰.

3. La tarea que desempeñan los artistas en la iglesia

Juan Pablo II expresa su deseo de que continúe el "[...] fecundo diálogo de la Iglesia con los artistas, que en dos mil años de historia no se ha interrumpido nunca"²¹. Recuerda el Papa que la lectura de las Sagradas Escrituras ha inspirado innumerables obras de artes visuales, música o poesía; añadiendo que el motivo de dicho diálogo supera las razones históricas –durante la Edad Media y hasta el

¹⁸ Aristóteles. op. cit., 6, 1450^a15-23.

¹⁹ Labrada, M. A. (1992). *Sobre la razón poética*. Pamplona: Eunsa, 44-45.

²⁰ Juan Pablo II. op. cit., 4.

²¹ Juan Pablo II. op. cit., 1.

siglo XVI, el arte se ocupó casi exclusivamente de temas religiosos- y las razones funcionales –su utilidad para la enseñanza de la fe en épocas de escasa alfabetización-. Para el Pontífice, el continuado interés de los artistas por los temas sagrados, radica en la afinidad natural que existe entre su actividad creativa y la experiencia religiosa. En ambos caminos, el hombre va en busca del misterio escondido en la realidad y percibe algo del mismo cuando, fugazmente, sale a su encuentro la belleza. En el caso de la fe, la experiencia personal en la que se intuye la belleza resulta enriquecedora para el alma, mientras que, para el artista, la expresión de su experiencia de lo bello en un medio sensible, pasa a ser un desafío en el que empeña sus horas de trabajo.

La Iglesia necesitó el trabajo de los artistas desde sus primeros años, contando con su obra para la transmisión de la fe y para la dignificación de los lugares y ceremonias del culto. El Papa explica cómo, para ello, los primeros cristianos tuvieron que hacer una selección entre las manifestaciones culturales de su tiempo:

La fe imponía a los cristianos, tanto en el campo de la vida y del pensamiento como en el del arte, un discernimiento que no permitía una recepción automática de este patrimonio. Así, el arte de inspiración cristiana comenzó de forma silenciosa, estrechamente vinculado a la necesidad de los creyentes de buscar signos con los que expresar, basándose en la Escritura, los misterios de la fe [...]”²².

El Pontífice se refiere al arte de la Edad Media como un arte abocado a la representación de los misterios y la experiencia de lo divino. En cambio, de los artistas del Renacimiento, destaca que ponen el acento en el hombre, el mundo y la realidad de la historia, a la vez que reconoce que " [...] este interés, por sí mismo, en modo alguno supone un peligro para la fe cristiana, centrada en el misterio de la Encarnación y, por consiguiente, en la valoración del hombre por parte de Dios"²³. Sin embargo, también afirma que, en los últimos siglos, junto a la apostasía de algunos, el arte religioso ha pasado a ser menos frecuente. Aún así, Juan Pablo II sostiene que ello no significa que el arte haya perdido la capacidad de brindar al hombre una mirada de alcance sapiencial sobre el mundo:

En efecto, el arte, incluso más allá de sus expresiones más típicamente religiosas, cuando es auténtico, tiene una íntima afinidad con el mundo de la fe, de modo que, hasta en las condiciones de mayor desapego de la cultura respecto a la

²² Juan Pablo II. op. cit., 7.

²³ Juan Pablo II. op. cit., 10.

Iglesia, precisamente el arte continúa siendo una especie de puente tendido hacia la experiencia religiosa.²⁴

Por ello, cuando contemplamos la obra de un artista alejado de la Iglesia, podemos advertir que, si se trata de una obra sincera, fruto de una experiencia contemplativa, esta no pierde el alcance sapiencial. En la crudeza o aparente fragmentación de su expresión, da a conocer la verdad; en ella se hace patente el desamparo del hombre que se aleja del camino de amor al que convoca Jesucristo. De ese modo, María Zambrano explica cómo la poesía de Pablo Neruda, al describir la muerte desde una visión materialista, de un modo negativo, habla del sinsentido de una vida apartada de Dios:

[...] La corporeidad, la espantosa corporeidad abstracta de la muerte, queda dicha insuperablemente [...], como cierta escolástica de Dios, por vía negativa: como un ladrido sin perro [...]/ como un zapato sin pié, como un traje sin hombre/ llega a golpear como un anillo sin piedra y sin dedo/ llega a gritar sin boca, sin lengua, sin garganta.

La muerte en la materia y la materia misma de la muerte, abstracta, hueca, irremediable. Y ese pozo oscuro donde nos caemos sin remedio es la oquedad sin plenitud posible de la compacta materia donde fuimos a refugiarnos, es el desengaño del amor de la materia, porque el desengaño del amor es siempre la misma invencible sima.²⁵

Más allá de sus convicciones, el artista que es fiel a la verdad descubierta en su contemplación del mundo, con su obra, nos da a conocer aquella situación concreta, no de modo parcial, sino considerada en su máxima amplitud.

4. Llamado del Papa a los artistas

Debido a la mencionada relación entre el arte y la verdad, el llamado del Papa a los artistas **desde los umbrales del tercer milenio** –que es el objeto principal de la carta- se dirige a todos los artistas del mundo y de modo especial a los creyentes:

[...] Os dirijo una llamada a vosotros, artistas de la palabra escrita y oral, del teatro y de la música, de las artes plásticas y de las más modernas tecnologías de

²⁴ Juan Pablo II. op. cit., 9.

²⁵ Zambrano, M. op. cit., 283.

la comunicación. Hago una llamada especial a los artistas cristianos. Quiero recordad a cada uno de vosotros que la alianza establecida desde siempre entre el Evangelio y el arte, más allá de las exigencias funcionales, implica la invitación a adentrarse con intuición creativa en el misterio del Dios encarnado y, al mismo tiempo, en el misterio del hombre.²⁶

El Evangelio, la buena noticia, da a conocer que el hombre caído, una realidad que todos experimentamos y cuya causa conocemos por revelación, es también un hombre redimido por Jesucristo. El hombre redimido es capaz de imitar a Jesucristo hasta la total donación de sí por amor a Dios y a los hombres. El arte de hoy, como en el caso de los primeros cristianos, probablemente deba someter la cultura contemporánea a cierta selección, pero, sobre todo, debe transmitir esperanza, dando a conocer al hombre toda su capacidad de grandeza.

Si el mal y el horror no dejan de hacerse presentes en el mundo, tampoco deja de hacerlo la belleza. Una belleza distinta de aquella que invita al consumo: la que despierta, junto al gozo del hallazgo, el temor reverencial de lo que se manifiesta como valioso. Los artistas, dotados de un talento especial, están llamados a poner, ante los ojos del mundo, lo que Juan Pablo II llama **la belleza que salva**. Es decir que, están llamados a ayudar a los demás a asombrarse, al poner al descubierto el don divino en las realidades que acompañan la vida humana. Sobre todo, los artistas deben permitir que su intuición revele a otros el sentido de la vida. Para ello, bastaría con que supieran corresponder a la grandeza de su vocación, dando lugar a lo que el Papa denomina una nueva Epifanía.

Fuentes y Bibliografía

Aristóteles (1974). *Poética*. Madrid: Gredos.

Gombrich (2000). *Norma y forma. Estudios sobre el arte del Renacimiento*, 1. Madrid: Debate.

Juan Pablo II (1999). *Carta a los artistas*.

http://www.vatican.va/holy_father/john_paul_ii/letters/1999/documents/hf_jp-ii_let_23041999_artists_sp.html

Labrada, M. A. (1992). *Sobre la razón poética*. Pamplona: Eunsa.

Labrada, M. A. (1998). *Estética*. Pamplona: Eunsa.

²⁶ Juan Pablo II. op. cit., 14.

Oder, S. (2010). Por qué es santo. El verdadero Juan Pablo II por el Postulador de la Causa de su Beatificación. Barcelona: Ediciones B.

Pareyson, L. (1987). *Conversaciones de estética*. Madrid: Visor.

Palau, G. (2007). La autorrealización según el personalismo de K. Wojtyla. Buenos Aires: Educa.

Platón (1986). Fedro. En *Diálogos* (III). Madrid: Gredos.

Van Gogh, V. (2005). *Cartas a Theo*. Buenos Aires: Agebe.

Weigel G. (1999). Biografía de Juan Pablo II. Testigo de esperanza. Barcelona: Plaza y Janés.

Zambrano, M. (2007). *Algunos lugares de la poesía*. Madrid: Trotta.